



Jesús Castro Marte

Obispo Diócesis de Nuestra Señora de La Altagracia en Higüey

**Celebración Eucarística:
Rito Posesión Canónica e Inicio de Ministerio Episcopal**

**“Buscaré a la oveja perdida,
recogeré a la descarriada;
vendaré as heridas, fortaleceré
a enferma. A la fuerte y
robusta guardaré y apacentaré
con justicia” (Ez 34, 16).**

- Su Excelencia Reverendísima Monseñor Ghaleb Moussa Abdallah Bader, Nuncio Apostólico de Su Santidad el Papa Francisco.

- Su Excelencia Reverendísima Monseñor Francisco Ozoria Acosta, Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, Primado de América.

- Su Excelencia Reverendísima Monseñor Gregorio Nicanor Peña, Obispo Emérito de esta Diócesis de Nuestra Señora de la Altagracia.

- Queridos hermanos en el Episcopado.

- Excelentísimo Secretario Monseñor Méndez, Encargado de Negocios de la Nunciatura Apostólica.

- Autoridades políticas, civiles y militares del país y de nuestras provincias La Altagracia, La Romana y El Seibo.

- Delegados de diferentes instituciones de la sociedad civil.

- Queridos presbíteros y diáconos.

- Queridos hermanos y hermanas de la Vida Consagrada.

- Queridos hermanos y hermanas en el Señor.

Es para mí un motivo de gran regocijo dirigirme a todos ustedes en este día, en el que por la gracia y la misericordia de Dios, el Santo Padre el Papa Francisco ha tenido a bien, confiarme la guía pastoral de esta hermosa diócesis de Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey.

Agradezco al Papa por este voto de confianza y al tiempo acepto devotamente esta encomienda confiándome a su oración fraternal y a su paternal celo apostólico.

En esta Diócesis desde su creación el 1ro. de abril de 1959, sus obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, laicos y laicas, han desgastado su vida en los caminos del reino, sembrando la semilla del Evangelio en estas Provincias de La Altagracia, El Seibo y La Romana y desde aquí han esparcido en todo el territorio nacional el amor maternal de la Virgen de la Altagracia, madre y protectora espiritual del pueblo dominicano.

¡Cómo no recordar con alegría y gratitud, en este momento en el que comienzo mi ministerio pastoral, a quienes estuvieron antes de mí, al frente de esta Iglesia de Jesucristo que peregrina en nuestra Iglesia local de Nuestra Señora de la Altagracia, en Higüey! Me refiero a:

- Mons. Juan Félix Pepén Solimán, primer obispo esta Diócesis de Nuestra Señora de la Altagracia, desde el 31 de mayo de 1959 hasta el 1975. Su vida sencilla y austera, su celo apostólico y su voz profética aún siguen retumbando y gritando justicia.
- Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, segundo obispo de nuestra Diócesis, desde el 10 de mayo de 1975 hasta el 1995, de quien recordamos sus dotes de gobierno, su liderazgo articulador y su afán de que esta región adelantara en su desarrollo integral.
- Monseñor Ramón Benito de la Rosa y Carpio, Obispo de nuestra Diócesis, desde el 1995 hasta el 2003, mi formador en el Seminario, quien se destaca por su impronta sacerdotal y gran orgullo higüeyano.
- Mons. Gregorio Nicanor Peña Rodríguez, quien desde 2004 se ha desempeñado como obispo de esta Diócesis; quisiera dar gracias a Dios por el camino trillado por él, su ardua labor institucional y de puesta al día, y por todos estos grandes pastores, hombres de Dios, que con prudencia, generosidad, entrega, sabiduría y sentido evangélico han guiado y conducido esta porción del Pueblo de Dios.

- Permítanme añadir un recuerdo cariñoso del querido Mons. Pablo Cedano Cedano quien fue un gran testigo del Señor como sacerdote y obispo emérito en esta Diócesis tan querida para él.

Me inscribo en el legado histórico de mis antecesores y abrazo la insignia pastoral que nos pide y exige el Santo Padre, el Papa Francisco, de ser una Iglesia en salida cuyas estrategias venimos ya soñando y aplicando como Iglesia Dominicana por casi 20 años a través de un instrumento articulador de todas las realidades eclesiales, que es el **Tercer Plan Nacional de Pastoral**.

Al escuchar los maravillosos textos de esta acción litúrgica se comprende el carácter delicado de estar al frente de la obra del Señor, al modo y a las maneras suyas, las propias de Jesús el buen pastor (cfr. Jn 10). Sé que esta llamada especial de Dios requiere más que de destrezas humanas, de sabiduría.

Es lo que pido a Dios: esa sabiduría que sabe discernir entre el bien y el mal, entre lo que es del Reino de Dios y lo que no lo es, que sabe aprovechar lo nuevo y lo antiguo (Mt 13,52).

Asumo este servicio con total serenidad de Espíritu; ya que como San Pablo estoy convencido de que: “fiel es Dios, el cual les llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor” (Cfr. 1 Cor. 1, 9).

Confío en la fidelidad de Dios y por eso hoy digo junto al Apóstol de los gentiles: *“Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio”* (1 Tim. 1, 12a). Vengo en nombre del Señor, como pastor pero también como discípulo, siempre a su escucha.

He venido aquí, desde la Arquidiócesis de Santo Domingo en la que nací, crecí y fui llamado al ministerio presbiteral y al servicio episcopal como su Obispo auxiliar. Agradezco a la Iglesia Metropolitana y Primada de América por todo lo que ha aportado a mi vida cristiana, sacerdotal y episcopal en la persona de su Arzobispo, el querido Monseñor Francisco Ozoria Acosta y sus Obispos Auxiliares.

Desde niño he peregrinado a este Santuario de la Madre de los dominicanos y hoy me toca quedarme para ser parte de esta Iglesia particular para ser padre que se ama, maestro que enseña y guardián que cuida su pueblo como me decía el Papa Francisco en la Bula de mi nombramiento que hemos escuchado.

Desde hoy quiero asumir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y sufrimientos de este Pueblo de Dios y ser con ustedes higüeyano, romanense y seibano para promover y extender el Reino de Dios en estos pueblos bendecidos por Dios y la querida Virgen de la Altagracia.

He venido a caminar codo a codo con este pueblo de La Altagracia, de La Romana y del Seibo, con todas sus parroquias y sus zonas pastorales para que juntos como Iglesia sirvamos, promovamos y hagamos visible el Reino de Dios que es su tarea fundamental y su fin último, de tal modo, que la luz de Cristo repercuta sobre el mundo e impregne de un sentido y una significación más profunda la cotidiana actividad de los hombres (Cfr. GS 40).

Para continuar esta obra de salvación que Dios realiza a través de nosotros contamos ya:

- Con la gran tradición religiosa y de fe de esta hermosa porción del pueblo de Dios.
- Con el gran tesoro de la presencia de la Madre que nos lleva a su Hijo, sol que nace en el Oriente.
- Con el trabajo evangelizador con grandes repercusiones sociales en la organización campesina, en la educación, en la salud y en la defensa de los derechos de los pobres a lo largo de estos 61 años de vida diocesana.

- Con el testimonio de tantas familias y personas de fe.
- Con los hombres y mujeres que lucharon y luchan por el avance de estas Provincias.
- Con sus hermosos recursos naturales.
- Con su deseo de superarse a través de la educación y del trabajo digno.
- Con su espíritu de lucha desde los tiempos de la Independencia y la Restauración de la República.
- Con su hospitalidad para quienes nos visitan como devotos peregrinos y como turistas.
- Con la acogida de tantos migrantes nacionales y extranjeros que buscaron y buscan una mejor calidad de vida.
- Con el gran empuje empresarial y de la contribución que hace nuestra Región al sostén económico del país.

Al mismo tiempo estamos enfrentados con situaciones que son signos contrarios al Reino de Dios como son:

- La desigualdad económica existente entre nosotros que muestra por un lado gran prosperidad pero por otro lado vemos que no llega a los más pobres y vulnerables.
- La delincuencia que crece y queda impune y sin control.
- La propagación de vicios, entre los que se destaca el narcotráfico en todas sus formas.
- La búsqueda del placer sin límites y del dinero fácil.
- La desintegración familiar.
- El bajo nivel educativo.
- Las agresiones al medio ambiente y a los recursos naturales.

Todo lo que ya es presencia del Reino de Dios entre nosotros y estos desafíos que encontramos nos reta a desarrollar un ardoroso y entusiasta proyecto de evangelización que lleve a entusiasmar con Jesucristo, superando la indiferencia religiosa y una fe sin compromiso con la realidad social.

Vengo consciente de que debo ser el primer evangelizador y el animador principal de la evangelización que es la razón de ser de la Iglesia como bien decía san Pablo VI (Cf. EN 15-16) y ha ratificado a tiempo y a destiempo el querido Papa Francisco.

Reflejo de mi profunda convicción de lo que significa este ministerio es mi lema episcopal: “Ay de mí si no evangelizara” (1 Cor 9,16). Esa es la divisa de mi labor pastoral y a la que quiero se unan todos ustedes juntos conmigo, para *preparar un pueblo bien dispuesto para el Señor* (Lc 1, 17), un pueblo que camine bajo la luz admirable (1 Pe 2, 9), una Iglesia viva que anuncie y realice el Reino de Dios a todos los que habitan y visitan este hermoso territorio diocesano.

Realizar esta misión evangelizadora como pastor de esta Diócesis es un trabajo arduo y delicado, pero me anima y consuelo saber que cuento con todos ustedes y que no se puede ni se debe ejercer aisladamente. La misma naturaleza del ministerio episcopal exige la comunión con todos y el trabajo en equipo en clave de una Iglesia sinodal.

Creo sinceramente en el trabajo en equipo, en la participación activa de las personas, en el diálogo franco y sincero, en la planificación pastoral como instrumento de desarrollo. Seguiré junto a todos y todas los que conformamos esta Iglesia Diocesana nuestro Plan Diocesano de Pastoral y la aplicación de nuestro Sínodo Diocesano en proceso de aprobación en Roma.

Cuento con todo el Pueblo de Dios integrado en sus 36 Parroquias:

- Cuento con ustedes mis 22 presbíteros diocesanos y 16 presbíteros consagrados así como con los 20 diáconos, que junto conmigo les corresponde guiar la comunidad diocesana. Quiero que ustedes y yo siempre estemos en plena comunión afectiva y efectiva, en el cariño mutuo y el trabajo alegre y decidido por y con nuestro pueblo. Que siempre practiquemos la cercanía y la apertura mutua. Un gran saludo y un gran abrazo.
- Cuento con ustedes, queridos hermanos y hermanas consagrados de las 9 congregaciones femeninas y 7 congregaciones masculinas, que son un don especial de Dios con su ser y sus carismas a esta Iglesia Particular, con quienes deseo trabajar muy unido y muy cercano.

- Cuento con ustedes, queridos laicos y laicas comprometidos en las diferentes acciones evangelizadoras con tanto celo y espíritu misionero e integrados en diferentes experiencias comunitarias parroquiales, en grupos apostólicos y movimientos. Cuento con los presidentes de asamblea, con los coordinadores de los Sectores, las pequeñas comunidades y de las diferentes comisiones pastorales. Soy desde hoy de ustedes y para ustedes.
- Cuento con todos los bautizados y bautizadas que en diferentes lugares, modos y momentos se sienten ser Iglesia Católica. Les abrazo como hermano y pastor y les pido integrarse en las diferentes Parroquias, Sectores, pequeñas Comunidades Eclesiales, grupos y movimientos apostólicos.
- Cuento con los niños, con los adolescentes y los jóvenes con quienes y para quienes deseo que nos comprometamos en un plan evangelizador especial. Sepan que estaré cercano y abierto a todos ustedes.
- Cuento con todas las familias de nuestra Diócesis como primeras evangelizadoras, educadoras y promotoras del desarrollo integral de cada persona. Ustedes serán una de mis grandes preocupaciones pastorales.

- Cuento con todos los sectores y los representantes de la vida social, cultural, religiosa, política y económica que dinamizan la vida y el desarrollo de nuestros pueblos. Trabajemos juntos para que en nuestras Provincias la justicia y la paz se besen y que florezca por todas partes y la paz corra como un río.

Estamos listos para que la Iglesia Diocesana siga velando por el bien de todos, desde lo que es propio de nosotros: desde la evangelización y la promoción de la dignidad humana.

Nuestra Iglesia quiere ser para todos casa y escuela de acogida y misericordia para todos, de manera muy especial para los pobres y desamparados, los migrantes, tanto los turistas como los trabajadores, los campesinos, y todos aquellos que luchan y sufren por una sociedad más justa y solidaria (Cf. Mt 5,3-12; 25, 31-46).

- Cuento con la fraternidad de las Iglesias Episcopal y Moraviana en La Romana y las Comunidades Cristianas de diferentes denominaciones que viven su fe entre nosotros. Estén seguros de mi comunión, cercanía y apertura con ustedes.

En este caminar con ustedes hago mía la exhortación del Sumo Pontífice a los obispos:

“Presencia pastoral significa caminar con el Pueblo de Dios: caminar delante, indicando el camino, indicando la vía; caminar en medio, para reforzarlo en la unidad; caminar detrás, para que ninguno se quede rezagado, pero, sobre todo, para seguir el olfato que tiene el Pueblo de Dios para hallar nuevos caminos. Un obispo que vive en medio de sus fieles tiene los oídos abiertos para escuchar «lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2, 7) y la «voz de las ovejas», también a través de los organismos diocesanos que tienen la tarea de aconsejar al obispo, promoviendo un diálogo leal y constructivo¹.

Finalmente, quisiera encomendarme a sus oraciones y pedir a la Santísima Trinidad, en esta santa y hermosa Basílica Catedral dedicada a Nuestra Señora de la Altagracia, que nos cubra con su gracia y su bendición y que la Virgen Madre nos proteja a todos e interceda ante su Hijo para que Él me ayude a guiarlos a ustedes con santidad, sabiduría, alegría y valentía, por los caminos seguros del Evangelio en este momento de pandemia con sus grandes interrogantes y desafíos pastorales y sociales.

Amén.

Salvaleón de Higüey, 28 de julio de 2020.

¹ Francisco, *Discurso a los participantes en el congreso para los obispos de nuevo nombramiento organizado por la Congregación para las Iglesias Orientales*, Sala Clementina, Roma, 19-IX-2013.